

«Sa mecetiar, Samplona»

POF GABIREL

¿Conocéis Gornia? Es un pueblecito encantador de nuestra montaña, cobijado al pie de una sierra que le abriga del cierzo, y apiñado en torno a su vieja iglesia románica, como las ovejas en torno del pastor.

La iglesia tiene sobre su puerta un relieve en que San Miguel presenta un alma a la Santísima Trinidad, mientras el diablo agazapado espera siglo tras siglo por si el fallo se decide a su favor.

Dentro del pequeño templo, y sobre su único altar, una antiquísima imagen de la Reina de los Cielos sonríe al Niño que tiene entre sus brazos. Esta imagen no tiene una advocación determinada, pero si otra más genérica y entrañable, que os la dirán los del pueblo si les preguntáis. Gorriako, Ama Birgiña. La Virgen Madre de Gorria.

Otras cosas notables tiene Gorria: buenas y abundante aguas, magníficos bosques de hayas y robles, y algo que lamentablemente se va perdiendo, el idioma euskera que todos entienden pero que sólo es hablado por los viejos.

—o—

Del pueblo de Gorria, y de los caseríos de Miquelarena y Zuazuenea respectivamente, eran los dos mozos llamados Peru Mari y Erramón, que un día, siete de Julio de hace muchos años, sostenían este conciso diálogo:

—Hoy, San Fermín, mecetias en Plamplona.

—Sí. ¡Quién podría!

—¿Vamos a la Prueba?

—¿Y dinero?

—¿Tienes un duro?

—Sí, ya tengo.

—Yo también; otro duro pedimos a los aitas y nos vamos en nuestro macho viejo. Total a cinco sueldos pa la Prueba y lo demás pa comer y beber y volver al otro día.

Una vez conformes en el proyecto, no fue pequeño el esfuerzo que costó convencer a los echecoandres para que soltasen el duro, y aun esto fue con la condición de que al regreso tenían que traer una horca de ajos cada uno.

—o—

Ya bien entrada la noche del día 8, llevando el macho del ramal, descen-



(DIBUJO DE I. CIA)

dieron la cuesta hasta la carretera, y cuando a ella llegaron, subieron de dos saltos al lomo del animal, emprendiendo el viaje sin más equipo que el txistu de Erramón, el tambor que llevaba su amigo, el capital de cuatro duros... y una ilusión que para ti y para mí quisiera, querido lector. Y por si la ilusión pudiera acrecerse, debo decir que también llevaban una bota con vino.

—El aita m'ha dicho (explicó Erramón, mientras cabalgaban) d'ir a casa del Bastero en la calle Campana, que estuvo con él en la guerra y juntos estaban cuando le casaron a Concha.

—¿Quién era Concha?

—No sé. Doña Concha le dicen a la médica, pero esa no sería.

—También m'ha dicho a mí, a ver que tal es ese Erverte, pero dice que como Frascuelo y Lagartijo que no habrá y sehuero que está, que desde Ultrapuertos hasta Tudela, no habrá como aquéllos.

Allá por la media noche, a la hora de las brujas, detuvieron el transporte, vulgo macho, y sentáronse en la cuneta dispuestos a despachar unas magras entre pan y pan.

En tanto el macho, que sabía como el diablo, más por viejo que por diablo,

comenlo por mordisquear unas hierbas del ribazo y poco a poco se internó en una pieza de trigo sin segar, donde se dio un buen hartazgo de trigo y paja a la vez, aderezados en su propia salsa.

Cuando los dos mozos dieron fin a sus magras y dejaron la bota casi vacía, encendieron un cigarro (pa eso eran mecetias) se alzaron del suelo y, viendo que el macho estaba metido en un trigal, le gritó Peru Mari.

—¡Ala tú, mutur beltz, atoz. Más te vale sí q'es de noches, que si no, pa tu morro estaba lo que t'has comido.

El macho acató resignado la represión, sin soltar de su boca un buen puñado de espigas, que al dueño de la finca le hubiesen parecido un fajo, y se dejó llevar dócilmente del ramal hasta la carretera, donde los dos jinetes montaron de nuevo.

—o—

Las cinco de la mañana sonaban en la torre de San Lorenzo, cuando el viejo macho con los dos mozos encima, después de haber cruzado frente a las troneras, último vestigio de la guerra carlista, pasaron el puente levadizo del Portal Nuevo y enfilaron la empinada cuesta, en cuya mitad se escuchaba el sonoro chorro de la venerable fuen-

te del asca, adonde el macho se dirigió con incontenible decisión.

Saciada su sed, se internaron en Pamplona y, bordeando el convento de las Recoletas, pronto estuvieron frente a la posada del Bastero. Allí estaba el propio señor José, el dueño, vestido con su larga blusa, y de pie en el umbral de la cuadra.

—Buenas —saludaron los mozos—
¿Esta es la posada del Bastero?

—La misma.

—¿Hay posada pa nosotros?

—Tengo todo colmo. ¿De ande sóis?

—De Gorriá.

—¡Hombre, Gorriá! Allí tengo un amigo, que lo quiero que como un hermano.

—¿Será Erramón Miquelarena?

—El mismo.

—Es mi aita.

—¿Que es tu aita? ¡Ala! bajar, bajar, que pa vosotros ya hay posada. Meter el macho al fondo, ande un pesebre libre y ya le daré yo después el pienso; y si vais a correr en la Entrada ya podéis ir, que son las cinco y media.

Momentos después, cruzaban frente a la iglesia de San Cernin, tocando el txistu, y a buen paso llegaron a la calle Estafeta. Cuando avistaron la plaza de toros, dijo uno de los mozos:

—Como no conocemos, mejor será correr desde aquí.

Pronto sonaron las seis en la torre de San Cernin, e inmediatamente se escuchó el estampido de un cohete. Los jóvenes que estaban por las proximidades, se dirigieron a la plaza con paso ligero, mientras nuestros prudentes mozos corrieron a todo gas, lo que hizo que llegasen de los primeros. Saltaron la barrera y, acodándose en ella, pudieron contemplar la entrada del tropel de mozos, seguidos de cerca por unos toros magníficos, de pelo brillante y gran alzada, como no es corriente verlos ahora en la fiesta taurina.

Después de reirse un rato con el torreo de las vaquillas, los dos mozos salieron hacia el Paseo de Valencia, y dejando a la izquierda la Feria, situada frente a la Casa de Misericordia, llegaron hasta las Barracas, instaladas en la explanada frente a la Ciudadela.

A distancia se anunciaban las churrerías, por su olor picante de aceite frito. La primera caseta era la de la Juliana, la churrera de la calle Mañeta. «Tiene un secreto —se decía entonces— y por eso hace los mejores churros».

—Ya tengo treinta y dos maravides, pa churros. ¿Te parece?

La propia Juliana les sirvió la dorada fritanga que despacharon en un santiamén, y a continuación entraron en la caseta donde les escanciaron dos copas de anís, de uno de aquellos botellines de círculos que servían para calcular el gasto, pues cada círculo era exactamente una copa.

Tocando el txistu con renovados

bríos, cruzaron el bosquecillo, que entonces tenía césped, se alejaron en los jardines de la Taconera y llegando hasta el Mirador, contemplaron el hermoso paisaje, con el monte de San Cristóbal al fondo, las numerosas aldeas y el llano de la Rochapea en que destacaba la alta chimenea de la fábrica de Gas.

Como vieran que en el hierbin de la muralla, dormían varios mozos plácidamente tendidos a la sombra de los árboles, Erramón dijo a su compañero:

—Yo lo q'es, ya tengo cansera. ¡Si echaríamos una coscadica como esos!

—Sí, hombre. Ya me paece bien.

Y saltando la barandilla, buscaron un sitio a propósito, a la sombra de unos árboles pequeños, que había a la izquierda. Se tumbaron en el suelo colocando entre ambos el txistu y el tambor, al igual que estaba la espada entre Tristán e Iseo, y poco después dormían profundamente.

Entre tanto, dos hombres que por la traza se veía eran de otras tierras, se acercaban cautelosamente como corresponde a dos carteristas, que comienzan su trabajo. Uno de ellos decía al otro:

—Vamos a estos. A lo mejor son gente que viene a comprar o vender ganado; el otro año «afané» a uno de éstos, setenta duros.

Colocándose uno de ellos de espaldas al Mirador, se puso en jarras cubriendo el grupo, para que de lejos no se viese la maniobra del compañero, que puesto de rodillas comenzó a palpar hábilmente el pecho de Peru Mari, por si llevaba cartera.

Al sentirse tocado, Peru Mari, desesperó, sentándose en un brusco movimiento y al ver al desconocido le agarró del cuello mientras el otro ratero desaparecía velozmente. Despertó igualmente Erramón, que igualmente echó las manos al cuello del maleante, quien medio axfisiado entre aquellas manazas, suplicaba:

—Por favor, que me ahogan.

Soltáronle, mientras Erramón le increpaba lleno de ira:

—¡Lapur! Escupe adahí, indino, escupe, ñeo.

El hombre vació los bolsillos de su chaleco, suplicando:

—Por favor, no me denuncien que soy padre de familia.

Erramón poniéndole los puños ante los ojos, le dijo indignado:

—Lapur, vete, lapur.

El desgraciado se levantó presuroso, mientras quedaron los dos amigos en silencio, contemplando el dinero tirado en el suelo. Allí había tres duros en plata, dos monedas de dos pesetas y tres de una, más siete ochenas.

—¿Tú has cambiao? —preguntó Erramón.

—No, no hay cambiao; aparte tenía pa los churros y el anisao.

—Que no. E instintivamente palpó el bolsillo del pantalón, donde había guar-

dado el dinero, y sorprendido de encontrarlo, lo sacó exclamando:

—¡Anda! adaquí están. Bat, bi, iru

—¡Anda! adaquí están. Bat, bi, iru, lau duros. Mira.

—Entonces esto, ¿de quién es?

—Del lapur, será.

—Ahora, ¿cómo vamos a devolver?

—¿Devolver? ¡Aste rato! Mira, como

—Habrás cambiao.

nos decía la maistra, «robar ladrón sien años perdón».

Ploglama. Hoy vamos a Prueba y corrida. Mañana a corrida y después fuegos de artificia vamos a casa.

—Sí. ¿Y los aitas?

—Auxilik. Tú calla, regalos les llevaremos, ya verás.

—¡Orí, orí! Y lo que queda, pa las mecetas de Gorriá.

Y así fue, porque el «ploglama» se cumplió al pie de la letra, y en la noche del cuarto día, después de admirar «la astucia» que se necesitaba para hacer aquel fuego del afilador montaron de nuevo sobre el viejo macho que se encontraba asombrado de estar tanto tiempo sin trabajar y comiendo buen pienso, y se pusieron «cara a casa» llevando en el cuello una magnífica horca de ajos.

En el camino prepararon el plan de defensa:

—Tú, erreniegos de aitas, auxilik; manso, callar y después dar regalos. Ya verás qué bien.

Llegaron al pueblo al toque de alba. Ya los aitas de ambos mozos se habían levantado y estaban en las respectivas cocinas, donde se desarrollaron análogas escenas:

Entró Erramón en Miquelarena y saludó:

—Ave María.

—Ave María —contestó la amacho y muy seria añadió: —¿Con los gitanos o qué has estao?

—Ez gitanos. En Plamplona hay estao.

La dueña comenzó entonces su largo semoneo, que Erramón aguantó impávido, mientras la cocina se llenaba del olor de los ajos. Cuando el temporal amainó, dijo el mozo:

—¿No querrá entonces lo que le traigo?

—¿Tú traer, qué? La horca de ajos.

—Y más tamién. Tome. Y le entregó una cosa envuelta en papel de seda.

Desenvolviéndola se le iluminó el rostro y exclamó:

—¡Ama Birgiña! Abanico bat. Y abanicándose añadió: Como la medica, popiña pollita, ¿eh?

—Ya lo creo —dijo sonriendo el aita.

—Y pa usté, mecha candil.

—Ederra mecha; corrompido estaba con estopa. Bi puros eta bi paquete cigarros. ¡Hola! De los caros. Y cambiando de tono, preguntó:

—¿Qué tal, qué tal?

Y Erramón con toda gravedad sentenció:

—Pues, pa mecetiar, Plamplona.